



Aldeas de la memoria

CARLOS PENELAS*

Fotografías: Alfredo Erias (X-2010)

Un viaje a Coirós

Hay nombres que llegan de la infancia. Nombres cargados de afecto, de mitos. Palabras que navegan en esa niebla del ensueño, en la niebla de los hijos de la diáspora. Podemos levantar la cabeza y decir *verraco vetton*. Y es hermoso el término, bella la imaginación, utópico el pronunciar. Pero eso es parte de la inteligencia emocional. En cambio si decimos casi balbuceando, casi como un rezo pagano, si decimos digo, Betanzos, Espenuca o Coirós, hablamos de la infancia, de nuestros padres. Es así como vemos sus manos, sus caricias, sus miradas. Y escuchamos sus voces.

Uno evoca la Escuela de los Inmigrantes de Coirós, la Escuela de los Inmigrantes Fillos de Ois. Uno pronuncia en calma y viene Santa María de Oís. Y el mirador de Espenuca. Y el puente romano. Y un niño labriego con una honda de David buscando sus ovejas. «Manolito, Manolito...» Qué sencillez, uno piensa. Qué cosa simple esta de las palabras, de los sentimientos, de las escrituras mágicas. Regresa la casa, el hogar, el rostro de la abuela. Es entonces cuando recordamos lecturas y mencionamos a los griegos que no creían en el regreso. Ulises no regresaba para quedarse, regresa para volver a zarpar.

* **Carlos Penelas** nació en Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en 1946. Es poeta, escritor y conferenciante. Publicó más de veinte libros de poesía y prosa. En octubre de 2010 dio un ciclo de conferencias por varias localidades españolas, entre ellas Betanzos... Nunca ha dejado de reivindicar sus raíces gallegas y su ligazón emocional con Espenuca.

Estuve recorriendo Coirós. En silencio, con dos amigos: Manuel Fiaño y Miguel Gayoso. Los iba escuchando en el auto mientras evocaba la playa de Pedrido, el Pazo de Marinán, Fisterra, el faro de Touriñán, Muxía. Llevaba en mi memoria el nombre de «Foucellas», las cálidas palabras, las inteligentes palabras de Alfredo Erias. Y la presencia de mi hermano menor: Manuel Suárez Suárez. También llevaba en mí la generosidad y el afecto de Alexandre Nerium junto al recuerdo de un cuento maravilloso de Manuel Rivas. Así iba internándome en los senderos de Coirós. Aun faltaba conocer Navalafuente, aun faltaba recorrer Patones. Y Gijón y Oviedo. La emoción poética, les dije a mis compañeros de ruta, genera otra realidad, otra opción. A veces es testimonio, entreteje lo íntimo del ser: su libertad. Los límites de mi lenguaje son los límites del mundo, agregué.

Desde la época de Mendiño, ese juglar renovado y misterioso, la poética gallega tiene el recuerdo del gozo, el deseo y la esperanza de volverlo a gozar. Es así, pensaba en silencio mientras Coirós confrontaba otra imagen, otra guía interior. En estos caminos suelen cristalizarse la melancolía o la saudade de la enamorada. Sentía (no se los confesé en esa oportunidad) una simbiosis del paisaje con el sentimiento. El paisaje no es decoración, es confrontación y compañía. Nos enfrenta y nos habla. El lirismo de ese paisaje gallego es difícilmente superable. Entonces vinieron a mis oídos – al cerrar brevemente los ojos – unos viejos amigos: Martín Codax, Xohan Zorro y el rey Don Denis. La poesía celta, para el poeta Matthew Arnold, pertenece a un mundo pagano y mitológico. Una vez más la magia se halla extendida y los dioses vuelven a mezclarse con los sucesos humanos.

Escucho un lenguaje que parece reinventar siglos, formas de máxima concentración, una conciencia clavada en el devenir del ser. Sé que el carácter mítico no es privativo de un sitio particular. Sé también de la mitología personal, de lo alegórico, de lo metafórico. Al bautizar las cosas nace la ingenuidad, la unicidad del hecho mítico. Vivimos un estado de gracia, de éxtasis; un sentido determinista del destino. Más claro: la visión mítica de la realidad.

Coirós, Espenuca, Betanzos, quieren decir no estar solos. Saber que en esa gente, en esos bosques, en esas piedras, hay algo tuyo. Que son cosas que te esperan. Muchos, la gran mayoría tal vez ni lo imaginen. Pero uno sabe que otra ciudad emerge, otros bosques, otros manantiales. Un tono intransferible que persiste. Tal vez tenga relación con la diáspora, con la pérdida, con el exilio, esa alianza entre el silencio y la palabra. Tal vez esa situación hipnótica que sentimos tiene relación con la búsqueda de nuestras raíces. Quizá de allí el desarraigo, la melancolía; un hijo perdido entre el despertar del tu y del yo.

Sé que ya nadie puede desoír lo que la experiencia onírica convoca: el poema se forja de adentro hacia fuera. Y para que el poema alcance condición de tal tuvo que haber dicho una verdad muy honda y personal. La palabra, a veces, es una mirada perdida, infinitamente cansada. Una mirada que siente la fugacidad pero al mismo tiempo la rebeldía. La decisión de poetizar es lejana e incomprensible. Visiones, atmósferas, imágenes, fragmentos.

¿Qué se le muestra de un lugar a un extranjero?, me pregunto. Ahora viajo a Coirós desde el sillón de madera de mi escritorio. La voz recuerda no precisamente el olvido, sino lo que hemos elegido olvidar. Estos nombres los llevaré conmigo hasta el fin de mis días. Son los secretos de la infancia, los rostros de mis padres, de mis tíos, de mis hermanos. La fotografía del abuelo Pedro y la del abuelo Tomás. Y los barcos, las cartas, las cerillas. El poeta siente el peso de las almas, escribió Víctor Hugo.

Buenos Aires, noviembre 9 de 2010.

Flavium Brigantium

Sólo conozco partidas, no sé del retorno. Lo que busco está delante de mis ojos. Se trata del pasado, de un pasado que avanza a medida que recorro paisajes, aldeas, mares, puentes romanos. Siento que ese pasado que contemplo cambia mi itinerario, modifica mi sueño. Todo dura o nada permanece en la mirada del poeta que descubre la diáspora en un tiempo incierto. Siento que reconozco en estas escalinatas el pazo del Illobre y un castro que recorro en silencio. Veo ciudades invisibles, lluvias remotas contra los soportales, murallas destinadas a mantener la sutileza de las noches sin muertos. «¿No ha sido cada aurora en su esplendor / el reflejo de nuestra gran nostalgia?», escribí para siempre nuestro Nazim Hikmet.

Estoy sentado en un sillón de roble. Era de mi padre, del juego de muebles de cuando se casó. Frente a mí, el escritorio de caoba de un viejo anarquista; una ofrenda de la insurrección y del recogimiento. Ahora veo -una vez más- al cerrar los ojos la iglesia de San Francisco. Es uno de los ejemplos del arte gótico de toda Galicia. Veo los enterramientos y los sepulcros. Veo el oso y el jabalí. Intentó leer sus piedras, sus códigos, sus señales. Toco las piedras en soledad.

También veo un molino celta, de mano. Téngulas, sarcófagos de enterramientos antropomorfos. Entre los arbustos descubro el *ulex europaeus*, el «tojo bravo». Aparecen ante mis ojos cerrados mámoas y antas. Digo Costa da Morte, digo Vimianzo. Unos amigos me enseñan unos batáns, me explican su funcionamiento, los distintos nombres de sus elementos. Ya no los escucho. Escucho la voz de Constancio Romero Lasarte un maestro laico que hablaba con sus hijos, Acracia y Liberto, a principio del siglo XX del amor y del internacionalismo proletario.

Ahora la cruz antefixa de la iglesia parroquial de Santa Eulalia de Espenuca, sobre el testero de la nave, sobre la puerta de entrada. Digo Chelo, digo Mendo. Ahora la playa de Pedrido, la visión mítica de la realidad, el territorio de la iconografía mítica. Otra vez parto de la fábula simbólica del antiguo castro de Untia, la unicidad del hecho mítico, la inmigración de mis abuelos, la inmigración de los abuelos de mis padres. Recorro el cabo de Touriñán, la pequeña península llamada A Insua, el cabo más occidental de España. Y veo al señor marqués de Espenuca, rubio, de ojos celestes, con una rama de roble en la mano.

Escucho la vaca de Fisterra un día de niebla. En esta zona hay un caballo de oro enterrado. Hay marcas del caballo del Apóstol. Dio sorprendentes saltos para vadear ríos y saltar montañas. Es un mítico corcel etrusco y las voces de ultratumba nos convocan a callar. Desde este lugar se pasaba al más allá.

Voy descubriendo rastros, huellas; desordeno los puntos cardinales. La noche cae sobre las orillas, las barcas llevan la clarividencia de la tierra. Desde las aguas silenciosas sube entonces una plenitud de soledad y angustia. Aquí mismo sé que me voy aproximando al mundo de mis orígenes, debe desnudarme y arrojarme a la intensidad de la aldea, buscar el manantial que han ocultado, la casa de mis mayores que hay detrás de muros sin piedad. Siempre hay un lugar donde el corazón late su recuerdo, su certidumbre. El principado esta en el fondo de esta aldea, de estos caminos sembrados de zuecos y memoria. La pobreza no ha sido una desdicha en mi vida, puso el sol en las manos de los pastores, ha equilibrado la divinidad de los abuelos, la honra de mis padres, la labor para sustentar el pan, una pasión silenciosa bajo la llama.

Ya no me importa la eternidad. En verdad jamás me interesó. No hay límites para amar ni para evocar las sombras. Uno siempre sintió la rebelión, la libertad de la utopía sobre la fidelidad instintiva de una luz lejana en una casa de piedra, la elevación del alma. Hay un entendimiento amoroso de la tierra y los viejos labriegos, una visión de exilios pero también de búsquedas y peregrinajes que viajan sin brújulas.

Escucha a tu corazón, me digo. A nadie más. Esta es la copia del Paraíso que no existe, este es el camino del pasado; nos desplazamos sin prontitud de un lugar a otro sin salir nunca de la aldea; sin demasiada amargura, sin demasiada esperanza. Hemos aprendido a conocernos. Ya no reposa la mirada ni el sueño. Vienen imágenes que nos sorprenden en una vida cómoda pero vacía. Hay que dejarlo todo, digo, hay que dejarlo todo.

La poesía sucede en la intimidad. Intimidad procede del latín *intimus*, el superlativo de interior, «lo que está más dentro, más al fondo». Lo secreto, lo de uno. Es cuando nos preguntamos ¿Quién es éste hombre que vomita ramas? ¿Qué tradición o mito nos oculta? Aquí estamos, entre los incensarios de oro y la mirada de los bueyes. Sólo conozco partidas, no sé del retorno.

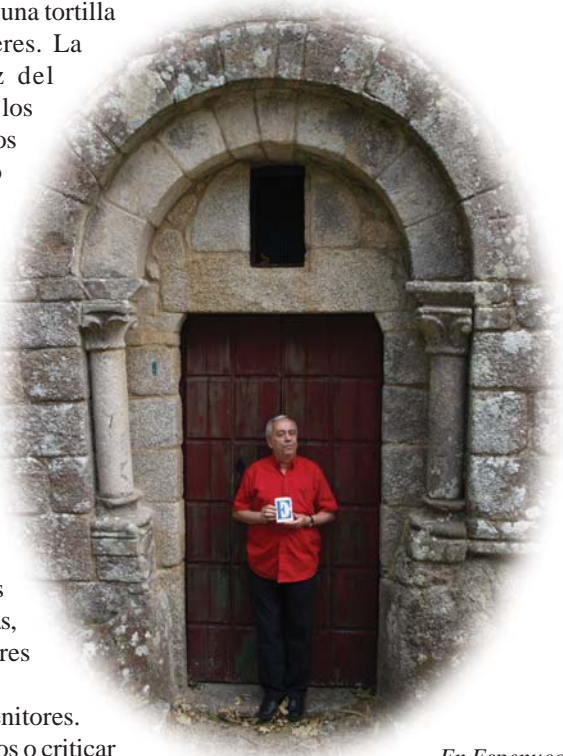
Ahora estoy frente al palacio de Lanzós. Ahora recuerdo a Manuel Luján Freire, a Pardo de Cela, a Antolín Faraldo. Ahora recorro la iglesia Santa María de Azogue, recorro su planta de cruz latina, la capilla de Jesús de Nazareno. Uno siente en estas callejuelas la percepción del bien, el deseo de conseguirlo, la fruición de poseer el objeto amado. Ese era el sentido de los escolásticos medievales, el amor deriva de la alegría, como lo manifestó Spinoza. *Delectatio* era para aquellos pensadores el nombre más general para todos los disfrutes. Los placeres de la carne y los placeres del alma. Para Sartre la alegría es gratuidad y generosidad. *La alegría llega al encontrarse fuera cuando uno se había perdido dentro*, escribió. Es una manera de la celebración vital, una manera de recorrer lo interior. Se trata del pasado, de un pasado que avanza a medida que recorro la nostalgia, la textura del alma, los olores de la tierra y del pan, el reconocimiento de los heraldos invisibles.

Buenos Aires, noviembre de 2010.

A mis abuelos

Han pasado muchos años. Siento que debo confesar lo íntimo, transmitir aquello que tal vez otros sientan o imaginen. Entender o intentar entender nuestras raíces, nuestros dioses ocultos. Comenzaremos entonces, de la manera más sencilla, más sincera. Nunca me atreví a decirles ciertas cosas a mis padres o a mis hermanos. Tal vez temía un rechazo. Ahora creo que era la imposibilidad de franquear una barrera invisible detrás de la cual cada uno de ellos estaba parapetado. Decirles que eran buenos y nobles, que los quería. Comentarle a mi madre que le quedaba muy bien ese sombrero pequeño con medio tul sobre el rostro, que la hacía una mujer fina, delicada. Todos eran corteses, conciliadores a veces, pasivos en ciertas circunstancias, pero también aislados, guardando una distancia que marcaba un universo. Por momentos capaces de cóleras inmediatas y absolutas, como en mis padres y hermanos. Sospeché que ciertas cosas venían de mis abuelos y de los padres de mis padres. Esas cóleras eran muy parecidas a un fenómeno natural.

El trabajo en el campo, el morral de provisiones, un queso, media hogaza de pan con una tortilla de papas preparada por sus mujeres. La dureza de sus días, la escasez del guardarropa, los hijos por criar y los hijos muertos en la infancia. O nacidos muertos. Siempre miserables o pobres. Jornaleros, analfabetos, sin otro destino que la primitiva fuerza de sus brazos. Orinaban sus manos en el frío, se curaban sus heridas con las telas de araña. Me imagino que tenían un aire temeroso y sumiso. Pero distante. Inhibidos por la fatiga, por la incapacidad de expresión, por la dura jornada de trabajo al servicio de un mandato divino. Los días de caza con la escopeta de dos caños era una fiesta, como la de los grandes señores. Los suelos lavados de rodillas, los suecos en la puerta, los hombres acumulando existencia y soledad.



En Espenuca.

Nunca oí quejarse a mis progenitores. Salvo para decir que estaban cansados o criticar a los señoritos, a los dueños de horca y cuchilla, pero esto último era un discurso de don Manuel, mi padre. No hablaban mal de nadie o lo hacían diciendo que fulano era vanidoso o mengano avaro. Tampoco los escuche reírse a carcajadas.

De niño me gustaba abrir los cajones del trinchante, el tocador de mi madre - doña María Manuela - el aparador de la cocina. En esta última buscaba chocolate de taza. El trinchante o el tocador era para encontrar huellas, secretos, cosas que suponía podían revelarme algo misterioso. Arriba del ropero de luna sabía que no debía mirar ni tocar. Estaba el revólver de mi padre, el Smith & Wesson lustrado, envuelto en una franela.

Con el tiempo descubrí otras casas más ricas, cuadros que atiborraban las habitaciones, muebles de estilo. En casa también los había pero en menor cantidad. Teníamos algo que en pocos hogares había visto: una biblioteca de pared a pared. Y otras más pequeñas en cada habitación de mis hermanos.

Mis abuelos habían crecido en una pobreza desnuda como la muerte. Los hijos debían tratarlos de usted. Los veo en una fotografía, en un patio con parra, en Piñeiro. Serios, con cuello limpio y corbata, marcados por el destierro, por las bolsas portuarias de Ingeniero White. Tenían aire de pastores endomingados. Vestidas de negro, en las tardes soleadas, las mujeres se sentaban en círculo en una habitación pobremente amueblada, con sus muros encalados de lloviznas, escuchaban una gaita, el ulular del monte, el llamado de un lobo. Inocentes, ingenuos, con un apetito de vida devorador, tratando de asimilar, de comprender ese mundo desconocido.

De mi infancia me quedó el placer de echar baldes de agua sobre las baldosas del patio. El olor a alcanfor, la lejía, el almidón. La lavanda, los canarios, el moño azul. El guardapolvo blanco recién lavado y planchado, la panadería del barrio, el fútbol. La generosidad infatigable de mis padres, las razones para envejecer y morir en rebeldía, sus razones para vivir y compartir el corazón con otros seres.

Usaban sustantivos comunes. En casa de sus patrones conocieron los sustantivos propios. Habían trabajado toda su vida. Un día los enviaron con uniforme. Algo decían en los papeles que un servil les ordenó cumplir. Uno a Marruecos; como guardia y cañonero del rey al otro. No sabían leer ni escribir pero estuvieron defendiendo el honor y la dignidad de una patria que ignoraban. Casi ocho años de soldados. Sin un céntimo, humillados por otras voces, por otras tierras. Una de mis tías estaba orgullosa de su padre por haber servido a Alfonso XIII. Mi pobre tía que nació en estas tierras y debió trabajar desde los diez años.

La pobreza no se elige, se conserva, pasa de generación en generación. A través del silencio, de la mirada, del recuerdo. De los remiendos, del rubor, de los abrigos dados vuelta. En los muelles, en el llanto oculto, en los pañuelos blancos despidiéndose, en el abrazo a la mujer y a sus hijos antes de embarcarse. No tenían idea de la historia ni de la geografía. Sabían del mar, de otras tierras, de países que les sorprendían sus nombres. Eran gallegos, de la Galicia interior, campesina. Desconocían el castellano, no sabían que era un archipiélago, no imaginaban la belleza de un endecasílabo. Casi no había diversiones en sus vidas. Nadie había pensado nunca que hubiera otras vías fuera del esfuerzo bruto para obtener el dinero necesario para vivir. Y esas eran lecciones de coraje, no de moral. Por nuestros antepasados nos definimos ante los ojos del mundo.

Apenas conocían un poco sus historias y la de aquellos que querían, sus vecinos. No podían respirar la noche del mundo. Sólo la noche de la aldea. Una vez mi abuela escuchó «hay que rezar». Y ella respondió, «sí, señor cura». Y lo hizo por el resto de sus días. Aprendieron a vivir sin lección y sin patrimonio. En la oscuridad o a la luz de un candil miraban la desgracia que no entendían.

A veces olían a sombra fresca y a años. Eran seres fuertes pero inválidos. Aceptaban todo lo que no se podía evitar, pero en el fondo conservaban una negativa, algo inquebrantable. Ahora, adulto, comprendo que me legaron una herencia evidente y segura. Ellos, que apenas dispusieron del tiempo necesario para tener hijos y enterrarlos, educados en la sumisión, uncidos a un trabajo extenuante, me ofrendaron la poesía. Me hicieron rebelde. Cada uno de ellos, a su manera, era un maestro «délfico y solar», abrían caminos. Desde el poema he intentado dignificar sus vidas, el calor de los mitos, el saber de la tierra. Ahora siento que la biblioteca es un espacio robado al bosque, al mar, a la invisibilidad. La imaginación convierte el lenguaje de los sentidos en lenguaje de la memoria. Cada sueño es un emblema cargado de significación como aquellos talismanes que guardamos en nuestra alcoba, en nuestro escritorio. El poema recoge la fuerza emanada por los astros.

Buenos Aires, enero de 2011.

Evocaciones

Existe solamente la realidad y la luz.

Arseni Tarkovski

Mi abuelo, con cautela, limpiando la guadaña.
Mi abuelo afeitándose con una navaja y el torso desnudo.
Mi abuela, de luto, abonando los surcos en el campo.
Mi abuela bordando hasta el anochecer.
Padre, de niño, caminando en el bosque.
Mi padre apretando los dientes ante una sociedad infame.
Madre injertando frutales en la huerta.
Mi madre haciendo cantar a los pájaros con una botella.
Mi hermano escuchando Tannhauser.
Mi hermana hablando de Kandinsky.
Otra hermana leyendo a Tennessee Williams.
Otro hermano con una crónica sobre Harold Lloyd.
Una noche cargada de estrellas y silencios.
Una mujer desnuda, unos ojos bellísimos, un destino.
Un poema escrito en una madrugada de julio.
La natación, el café de la esquina, una pipa italiana.
Furias contenidas, mitos y leyendas del pudor o del odio.
La mesa familiar, una tarde, donde todos cantaban y reían.
La biblioteca, el amigo desaparecido, una manifestación.
El entierro del tío y el primer insomnio de mi infancia.
El idioma de la infancia en una aldea.
Un reloj que destrocé con mi puño.
La enfermedad de don Manuel, las curtiembres, Piñeiro.
Una fotografía de Carloncho junto a un perro, en la playa.
Otra fotografía, más cercana, en Plaza San Martín.
Rostros, cartas, manuscritos, retratos, talismanes.
Una casa amparada por la imaginación.
Un hotel, una panadería, un ramo de jazmines.
Un museo en Edimburgo y una habitación en Colonia de Sacramento.
Mis hijos, adolescentes, escuchando a Robyn Hitchcock.
Mis hijos, con voces hermosas, inaugurando cielos.
La muerte no existe en el mundo, todos son inmortales.

Buenos Aires, enero de 2011.



En la playa del Pedrido.

Es conmovedor ver ciertas fotografías

Es conmovedor ver ciertas fotografías. No sé si tiene sentido seguir escribiendo. Por eso salí a caminar. Estoy mirando los jacarandaes de la plaza Rodríguez Peña, son hermosos. La plaza la destrozaron con arreglos ridículos y reformas espantosas. Quedaron los árboles y cierta nostalgia de lo que fue. Ahora hay rejas, pobres desamparados, miseria. Lo pienso seriamente, no sé si tiene sentido escribir estos artículos, estas líneas, estas sensaciones.

Retomo el aire libertario y camino por Paraguay hacia la Avenida 9 de Julio. Entro en una librería de libros usados, hablo con Raúl, su dueño. Es uruguayo, es un hombre afable, culto, simpático. Lo conozco desde hace años. Hablamos de Artigas, de Pepe, del plan de salud que están haciendo los orientales. La librería queda enfrente de donde vive mi amigo Juan Manuel Sánchez. Toco el portero eléctrico pero no contesta, seguramente se encontró con algún amigo o fue a una galería. Debe ver como anda el mercado. Se vende poco y nada, sobre todo la buena pintura. La decadencia es total, en arte, en política, en conducta. Hay islas, pequeñas islas donde la gente hace lo suyo, donde hay talento y creatividad. Sin duda, pero son islas. En la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires ya hay pobres diablos durmiendo en patios y aulas. Con colchones incluidos. Lo mismo pasa en los hospitales del Gran Buenos Aires. Y en los hospitales de la ciudad. Los turistas van a Puerto Madero, una vuelta por la Boca, una visita por Palermo. Y Calafate o las Cataratas del Iguazú. El resto es silencio. Estoy caminando por la calle Florida, los manteros ocupan veredas y aceras y bancos. Un despliegue de comida, pañales y tamboriles. Llegué a Plaza de Mayo, acampan los veteranos de Malvinas desde hace años. Regreso por Diagonal Norte. Comienza a oscurecer y otros habitantes llegan a los portales.

Dije que eran bellas y conmovedoras las fotografías. Son políticos a punto de saltar a la eternidad. Son iguales aquí y allá. Si, no se enoje, hay algunas diferencias. Pero no muy grandes, es leve, todo es leve. Les comento a mis alumnos que algunos anarquistas pusieron bombas. Algunos, no todos. Les digo que comparen eso con los campos de concentración estalinistas, los campos del nazismo, los de Guantánamo o Egipto. Con los bombarderos norteamericanos en cualquier parte del mundo, con los bombardeos a Libia. Les digo que comparen eso con las guerras mundiales o las guerras santas. Con la bomba atómica, con las torturas, con las mutilaciones. Las fotografías son conmovedoras. Veo a seres impresentables junto a burócratas con ínfulas, a mediocres con el mentón a lo Musolini, a caudillos enriquecidos hablando del pueblo. Demagogos, falsos, sin escrúpulos. Se juntan, se saludan, se potencian. No son generales engominados, pero se parecen. No son obispos pedófilos que brillan ante la ignorancia, pero dictaminan lo bueno y lo malo, lo correcto y lo incorrecto. Son fotografías de aquí y de allá, fotografías que nos llenan de asco. Desde esas fotografías percibo la oratoria, los templos, los caballeros vinculados a los negociados. Los sindicalistas y sus inflexiones históricas, lo pornográfico de sus miserias morales. Chambelanes, burócratas inmovilistas, emisarios de la complicidad y el olfato para saltar y caer parado entre la barbarie. El beneplácito del poder, los desplazamientos, lo grotesco. Y quedan impávidos, mirando fijo a la cámara que los muestra tal como son: sumisos, ladrones de gallinas, potencialmente dictadores. En el

fondo autoritarios, necios. Lujosos y dicharacheros. Pobre tipos que tienen cargos y son parte del sistema. Y dicen estar a favor de la libertad, de la igualdad, del compromiso. Peligrosos, sin duda. Peligrosos. Juzgan, levantan el índice, señalan el cielo y el infierno, inventan hechos, trafican banderas, muestran el culo y sonríen. Saludan con energía o con una falsa modestia, son hábiles, pícaros, furibundos sin duelos ni pestaño. Hablan de revolución o de paz, da lo mismo. Ordenan su oratoria, la complican, la muestran, la ocultan en los símbolos, en mitos, en proclamas. Fotografías que recorto y guardo, como guardo las firmas de ciertos manifiestos, de ciertas aterciopeladas declaraciones. Estoy a punto de abrir la puerta de mi casa. Buenas noches. Sí, por supuesto, hay otras cosas, hay otras cosas. Pero recuerde: «Así es como se asienta la locura», cita del *Rey Lear*, de Shakespeare.

Buenos Aires, mayo de 2011.



En Marián.